

SOY LA CASA QUE LADRA

Mamama espacio presenta “Soy la casa que Ladra” que reúne a los artistas C.J. Chueca, Natalia Iguñiz, José Carlos Martinat y Gabriela Wiener en un proyecto en el que la palabra es materia y herramienta, convocante y revulsivo, para hablar sobre identidades híbridas, para exponer y exponerse. ¿Y por qué ladra esta casa? Porque las utopías del mestizaje y la igualdad han fracasado, mientras las violencias que perpetúan prácticas coloniales, racistas y sexistas siguen vivas y coleando. Sus voces se unen a los gritos que emergen y se multiplican, a sabiendas de que ni ellxs hablan por otrxs ni todxs tienen voz aún. Les invitamos a unirse a partir del sábado 6 de abril a esta marea que cuestiona y se cuestiona desde un rincón de Barranco, Lima-Perú, después de haber tenido recientemente su primera presentación en Madrid.

SOY LA CASA QUE LADRA

C.J. Chueca

SOY LA CASA QUE LADRA

SOY MOCHE, SOY XAUXA, SOY

NEGRA, SOY BLANCA

NO ME VENDO NI ME ALQUILO

SOY LA CASA QUE LADRA.

“Migrar” Gabriela Wiener

Este texto es parte de la performance “Migrar”, de la escritora y periodista Gabriela Wiener, presentada por primera vez durante el mes de febrero en la Casa que Ladra (Madrid). La autora nació en Perú pero vive hace 15 años en España. Asegura que ha sentido la discriminación y el racismo con la misma intensidad en ambos países.

Las correcciones en mi primer libro
son extirpaciones.
“Echar de menos” por “extrañar”
el ciclón tropical lejos del núcleo cálido.
La primera vez que me dijeron
que no estaba escribiendo en español.
Que no hablaba correctamente
Vosotros, no ustedes.
Una iglesia sobre una huaca.
Los cuatro caballos corriendo en direcciones
distintas
para desmembrar el cuerpo.
Para cortar nuestras trenzas.
Migrar no es volver a nacer,
es volver a nombrar lo que ya tenía nombre.
Ese teléfono público, cuando existían,
en el que tardé más de la cuenta
y el hombre que no podía esperar
vio en mí a una criatura bajada de los árboles
que folla con las llamas.
Esa fue la primera vez que me gritaron
que me vaya a mi país,
a mi casa.
En realidad,
volvería a casa pero ya no tengo casa.
Así que hice una casa mía en la que extrañar
y no echar de menos,
allí puse un nuevo acento a mis afectos.

No sé de qué podría hablar ahora.
Del nido. De la decisión de las aves.
De las estaciones frías.
De las distancias.
De haber sido,
de seguir siendo,
de llegar sin llegar,
de instalarse a medio camino,
de dar miedo, de no poder,
de no querer,
de que te persigan hasta cuando no haces nada,
de dejar muchas vidas atrás,
de perderlo todo,
de empezar de nuevo,
de cero, de abajo,
de las colas, de la ley,
de mi viejo NIE,
de la oportunidad que me dieron,
de todo lo que les debo,
de la maternidad solitaria,
de mi nueva familia,
de jurar ante el rey.

Vivo en España hace 15 años,
pero en realidad
habito Panchilandia,
donde todo el mundo sonrío y nos habla con cariño.
Dicen con cariño panchi, panchita, machupicchu, fiesta
nacional.
Los panchitos son unos snacks pequeños, redondos y oscuros
Así nos llaman a los sudakas
El chiste con el que dicen quererme
hace que parezca normal que no me quieran.
En Forocoques somos “la fauna cuyo hábitat es un
centro comercial”.

Me hablan de la peruanita que le limpia la casa a su amiga
Pepa,
qué buena es, se puede confiar en ella.
Crean que es un tema de conversación
que pueden tener conmigo
porque yo también soy una peruanita confiable.
¿Me habrán blanqueado?
¿Cuándo voy a integrarme?
Qué pelo hermoso,
crin de caballo,
qué bien haces el pollo frito.
Qué piel, qué suave,
qué dientes, qué manitos,
tan pequeñas y morenitas.
Podría bajar un bloque de hielo
de la cordillera en mi espalda
para purificar la cosecha.

No, lo mejor que podría pasarnos
No es casarnos con un español
Como dicen allí los políticos de derecha españoles
Somos todo menos la esposa con la que soñaste.

A veces me quedo horas leyendo los comentarios
que me dejan en las redes en Perú
Son mucho menos dulces:
Chola pezuñenta.
Pobre cholita reputa.
Ponte una bolsa de pan en la cabeza.
Con razón has tenido una vida promiscua.
Quién te va a querer tirar si eres más fea que mi
empleada
Pobre india escribiendo cojudeces para llamar
la atención.
Necesita una cirugía de los pies hasta el cerebro la
muy zorra.

Pero me he reproducido como una flor de cactus
en este territorio ajeno que voy haciendo mío.
Con una mujer blanca y un hombre cholo,
enredamos nuestras tres lenguas para fabricar otro
nido.
Polinizados por el picaflor de garganta rubí.

En los parques infantiles
Sin embargo
Siguen confundíendome con la niñera de mi hijo
o de cualquiera de sus hijos, de sus madres, de sus
padres.
Ni siquiera sé llorar con decoro en los velorios.
Y tampoco quiero.
Sólo sé hacer el indio ante la muerte.
Mi teatralidad de culebrón, mis exabruptos.
Pero no volverán a cortar mi larga y negra trenza
para tirársela a los perros.

Solo hablo de mis microprivilegios
De haber migrado con papeles.
Hay tantos, sin embargo,
que no volverán a ver sus ríos.
Apenas la odisea
y el agujero negro del interno
en el limbo del refugio.
Los que están aquí mejor que en el
otro infierno.
Todo pasa,
encadenándose de sur a norte
como las parras en primavera
Como las pelotas de goma que disparan
mientras nadas en el tramo Marruecos-
Ceuta.
Como una zapatilla Nike flotando en
el Tarajal.
Mientras el rey esquía
con un completísimo equipo para la nieve.

Nunca dejamos de buscar lo que fuimos
para comenzar a ser lo que soñamos.
En un movimiento que nos aleja de
la frontera.
Algunos quedamos más cerca de la vida,
otros más cerca de la muerte.
Pero nunca dejamos de migrar.
Nunca dejamos de ver señales en la lluvia.
Y ya solo bailamos en un pedazo de tierra
a la deriva.
Al ritmo de las cuerdas del lago.

He visto a un hombre negro perseguido en una plaza,
tumbado, enmarcado, bajo una bota,
que llevaba una manta como se lleva la vida, aferrada.
Me he fijado tantas veces en la cuerdas de las mantas
que hacen que sea posible envolver y levantar los perfumes,
las zapatillas fucsias y verdes en pocos segundos,
y salir huyendo con la vida al hombro.
La tecnología para la supervivencia,
la estrategia para la huída permanente,
el aroma a falso lujo, a vida falsificada,
a imitación barata de la existencia,
que deja atrás, al pasar cerca de ti, la pobreza y el miedo.

No hay autopsia, ni cuerpo, ni casa, ni papeles.
Pero sí Ley de extranjería, Directiva de Retorno,
Acuerdo de Dublin, Eurosur, FRONTEX, CIEs,
deportaciones, no acceso al voto, multas,
penalización de la venta ambulante,
pena de cárcel, retiro de la residencia, expulsión.
La pobreza, que es una sentencia de muerte.

Europa, les disparas en sus países,
les disparas en tus colonias,
les disparas en el agua,
les disparas en las fronteras,
les disparas en sus casas,
les disparas en el corazón.
Mi profesora de Geografía en Perú,
la que me enseñó la escala,
la latitud y la longitud del mundo,
le cambia el pañal a tu padre, Europa.
Ten un poco de decencia.

SOY LA CASA QUE CAZA
SOY MOCHE SOY XAUXA SOY NEGRA SOY BLANCA
NO ME VENDO NI ME ALQUILO
SOY LA CASA QUE LADRA



lamente dos meses. Juana, después vuelto, arregló los papeles y te vas adonde te dé la gana. ¿Qué dices?

Mejor no se vaya, don.

Es que debo ir de todos modos.

Pero mejor sería...

Tengo que hacerlo.

Si es así está bien, señor.

Se queda asustado del poco rato que le conto convencirme y me mira dos y tres veces, pero al fin me da la mano diciendo que hemos sellado un compromiso y me deja ir después de tenerme una hora parada en su escritorio lleno de ventanales y libros.

Estoy cansada al volver a la cocina pero todavía hay que lavar las ollas, secar los platos y cubiertos uno por uno, quitar la ropa de los cordeles del patio, echarle harta agua al filtro de piedra. Casi me muevo dormida poniendo la mesa con las tazas del desayuno de mañana. Eso sí, trato de abrir bien los ojos al devolver a su sitio los biberones del chiquito, que ya he roto muchos y no quiero más líos con su madre. Por poco llego gateando a mi cama en el suelo: tengo más de veinte años como él dice, y hablo y escribo como una señorita, pero mi cama sigue siendo de inmundos pellejos llenos de pulgas, hornigas y arañas. Me quito el traje regalado por *ella* y en vano pretendo dormir

con el discurso del señor en mis oídos, con el servicio que debo hacerle. Dos meses sin él, y yo sola frente a su mujer bonita y limpia, blanca igual que una sabana, sus ojos negros como la noche, su boca tan feliz cuando lo mira

Y el pobre indio, entre sollozos y fatiga, apenas pudo dejarme comprender estas palabras:

— ¡Mi hija, niñay . . . ! ¡el cobrador . . . !

Marcela entonces, fuera de sí, prorrumpió en gritos casi salvajes y se abalanzó a los pies de Lucía, diciéndole:

— ¡Misericordia, niñay! el cobrador se ha llevado a mi hija, la menorcita, por no haber encontrado la lana, ¡ay! ¡ay!

— ¡Temerarios! — exclamó Lucía sin poder comprender el grado de inhumanidad de aquellos comerciantes esbirros de la usura, y dando la mano a esos desventurados padres quiso zanjárselos diciéndoles con voz cariñosa:

— Pero si sólo han sacado a la chica, ¿por qué se desesperan así? Luego la devolverán. Ustedes les llevarán la plata y todo quedará en paz, o alabaremos a Dios por consentir el mal para mejor apreciar el bien. ¡Cálmense . . . !

— No, señoracha, no — repuso el indio algo repuesto de su confusión —; pues si vamos tarde ya no volveremos a ver más a mi hija. ¡Aquí la venden a los *majeños*, y se las llevan a Aréquipa . . . !

— ¿Es posible, gran Dios? — exclamaba Lucía empalmando las manos al cielo, cuando apareció en la puerta la simpática figura de don Fernando, alcanzando a escuchar las palabras de su esposa, y quedándose un tanto irresoluto para proseguir sus pasos al ver los semblantes de los indios que rodeaban a Lucía, quien, al verle, fue a arrojarle en sus brazos diciéndole:

— Fernando, Fernando mío! ¡Nosotros no podemos vivir así!

SOY LA CASA QUE CAZA
SOY MOCHE SOY XAUXA SOY NEGRA SOY BLANCA
NO ME VENDO NI ME ALQUILO
SOY LA CASA QUE LADRA



